

Transformaciones sociales y cambio político en las transiciones balcánicas, 1988-1998

*Francisco Veiga
Universidad Autónoma de Barcelona*

Tras una década de profundos cambios en el Este de Europa y atenuadas las pasiones que esas transformaciones generaron en Occidente, empieza a ser tiempo de aportar enfoques académicos al estudio de ese periodo. Persiste el debate sobre si los procesos de transición han concluido o no en los países afectados. En términos de Ciencia Política prima la idea de que las transiciones deben acotarse estrictamente al paso de un régimen político a otro; caso contrario, los procesos de cambio pueden prolongarse durante muchos años. Tal ha ocurrido en España, donde la polémica sobre los límites de la transición se ha deslizado frecuentemente hacia consideraciones más políticas que académicas de manera que el abanico de posibilidades va desde el periodo 1975-1977 al más amplio de 1975-1986 o incluso más allá.

En los Balcanes y Sudeste de Europa está claro que ya se han quemado varias etapas y las posibilidades de reflexión son muy variadas. Para el autor de este artículo, los periodos claramente identificables en las diversas transiciones vividas por los países balcánicos, son los siguientes:

- 1989-1991
- 1992-1995

El primero está muy relacionado con las transformaciones políticas internas en cada país, y especialmente con sus peculiares tejidos sociales. El segundo periodo, aunque incluye la evolución de ambas cuestiones, guarda directa relación con dos factores internacionales: la evolución de la política interna en Rusia, y el papel jugado en los Balcanes por las grandes potencias durante la guerra de Bosnia. Seguramente, el año 1995 es un límite que cualquier transitólogo consideraría ya excesivo. Pero desde un punto de vista más historiográfico cabe considerar que existe un tercer periodo, una especie de «transición de la transición» que se abre a partir de 1996, donde se acumulan los factores intervinientes en los dos anteriores. En él cobra un especial protagonismo la evolución de los nuevos gobiernos de la derecha y centro derecha en Albania, Rumania y Bulgaria, así como las expectativas de integración de los diversos países en los grandes organismos paneuropeos. Pero también, y, más recientemente, el aparente fracaso de las

recetas del FMI en Rusia y los reveses sufridos por las operaciones de «ingeniería política» occidental en los Balcanes.

A. Introducción: la clave sociológica

Recientemente, algunas publicaciones no académicas pero si especializadas en el análisis de la actualidad en la Europa Central y Oriental han comenzado a centrarse en el fenómeno de las nuevas clases medias¹. En buena parte, esta reacción responde a la publicación en los diversos países del Este de estudios sociológicos más o menos serios². Sin embargo, el denominador común de estos trabajos y otros tantos de menor dimensión sobre el mismo tema suelen adolecer de un planteamiento un tanto rígido, muy preocupado por definir los límites precisos sobre lo que puede denominarse «nueva» clase media, por relación a una «antigua» mucho más imprecisa, por cuanto existía bajo los extintos regímenes comunistas. Dicho de otra forma, existe una confusión de base, más conceptual que otra cosa, sobre «aquello» que ya existía en tiempos de los regímenes comunistas pero que suele quedar reducido a categorías difusas como *intelligentsia*, *nomenklatura* o «círculos de poder». Es curioso que de repente hayan quedado olvidados estudios ya muy veteranos que ponían de relieve la existencia de auténticos estratos sociales en esos regímenes³.

En el fondo de esta cuestión parece existir un dilema particularmente molesto para los sociólogos que estudian el fenómeno: argumentar que las nuevas clases medias son realmente nuevas, es admitir la propaganda de los regímenes anteriores, según la cual se había logrado erigir una sociedad sin clases o con la predominancia absoluta del proletariado. Negar este extremo es reconocer que existían clases en los regímenes comunistas y por tanto, es tocar el delicado tema de la continuidad en las transiciones, no ya política, sino social.

¹ Véase como ejemplo: «*Transition*» Vol. 3, n.º 5, 21 March, 1997: «Burdens of the Middle Class», con artículos temáticos dedicados a la evolución del fenómeno en Rusia, Polonia y Hungría.

² En Polonia se han editado trabajos bastante sólidos: Grzegorz Matuszak, *Kształtowanie się nowej klasy średniej w Polsce (La formación de la nueva clase media en Polonia)*, Universidad de Lodz, 1992; J. Kurczewski y Y. Jakubowska-Branicka (eds.), *Biznes y klasy średnie. Studia nad etosem (Negocios y clases medias: estudios de carácter)*, Universidad de Varsovia, 1994. Se puede encontrar un compendio de estudios sobre las transformaciones en Polonia, Chequia y Hungría en el vol. 25 de 1994, n.º 4 de la «*Revue d'Études Comparatives Est-Ouest*» (editada por el CNRS), monográfico dedicado a: «1989: Une révolution sociale?». El debate se estructura en torno al artículo de Georges Mink y Jeran-Charles Szurek, «Paradigmes sociologiques: héritages et nouveaux questionnements», pp. 5 a 13.

³ Es muy clásico el libro de Mervyn Matthews: *Clases y sociedad en la Unión Soviética*, Alianza Universidad, Madrid, 1977. El estudio original en inglés data de 1972. La obra de Matthews era un estudio académico alejado de obras mucho más exitosas entre el gran público, pero con una clara intencionalidad política, como la célebre obra de Michael Voslensky, *La Nomenklatura*, editado en castellano por Argos Vergara en 1981. Vid. también, en esta línea, la obra también clásica de Walter D. Connor, *Socialism, Politics and Equality*, Columbia University Press, New York, 1979. En parte, esta línea de investigación arrancaba de las conclusiones del denominado Congreso de Minsk, celebrado en 1966, y donde una serie de sociólogos soviéticos formularon expresamente la existencia de clases dirigentes en la URSS, contraviniendo abiertamente las tesis heredadas del periodo stalinista.

¿Nueva burguesía o antiguas clases medias transformadas y adaptadas al capitalismo? Despojada de pasiones políticas, el dilema se resuelve con relativa facilidad: coexisten plenamente ambos fenómenos con el añadido de alguno más que no suele ser analizado. Ciertamente, los empresarios y hombres de negocios son una novedad social casi absoluta, aunque algunos de los mafiosos de la era brezneviana en la Unión Soviética o de la Yugoslavia postitoista recuerdan mucho a sus hermanos menores calificados ahora como «hombres de negocios» en la actual Rusia o en las repúblicas ex-yugoslavas). Dicho de otra manera: la plena propiedad, legalmente reconocida, de los medios de producción, es la característica fundamental que define a la nueva clase media en los países ex-comunistas. Pero eso no obsta para que el amplio abanico de estratos sociales que iban desde el intelectual y el profesional con formación universitaria al *nomenklaturista* o incluso a lo que también en la Unión Soviética se denominaba *načialnikii* o grupo social dirigente, fueran tenidos por clases medias e incluso altas.

Silviu Brucan, un politólogo rumano, y figura política él mismo, con importante protagonismo en los años finales del régimen de Ceaușescu y en la revolución de 1989, les niega la denominación de clase a esos grupos sociales basándose en que no poseían la propiedad de los medios de producción ni una base económica propia, ni siquiera un lugar seguro y estable en el proceso de producción o el sistema económico⁴. Ciertamente, las clases medias surgidas sobre todo en los países balcánicos no eran burguesías mercantiles, pero su posición en la sociedad podría ser comparada a la que poseía la pequeña burguesía centroeuropea a comienzos de siglo⁵ (que englobaba entre sus miembros al funcionario): gozaba de ventajas sociales, poseía conciencia de clase e incluso cierta «moral de clase». Y si algunos de sus componentes podían ver su posición amenazada en algunos momentos, como nutrido colectivo social que era, su situación nunca estuvo seriamente amenazada. El mismo Brucan cifra la proporción del colectivo burocrático-administrativo y político dirigente en un 15% de la población activa de Rumania para el año 1980⁶.

El mecanismo generador de esas clases medias ha sido denominado la «paradoja stalinista» en diversas obras publicadas por quien suscribe estas líneas. En esencia, el punto de partida se sitúa en los años cincuenta, cuando todos los estados satélites de la Unión Soviética intentaban copiar el modelo de desarrollo stalinista, que implicaba la construcción de una poderosa y autosuficiente industria pesada. Ésta era contemplada como el músculo que habría de garantizar la defensa de la revolución, y a la vez como vía a través de la cual una importante proporción de las sociedades rurales propias de algunos países socialistas se transmutaría en proletariado industrial. Ahora bien, para poner en pie esas importantes estructuras productivas no sólo eran necesarias masas de obreros, sino también un sector servicios mínimamente eficaz y unos cuadros técnicos y directivos para esas industrias: ingenieros, gerentes, planificadores, economistas y un largo etcétera.

⁴ BRUCAN, Silviu, *Stălpzii noii puteri în România*, Nemira, Bucarest, 1996; vid. pp. 19-20.

⁵ Pierre Guillaume (de.), *La professionalisation des classes moyennes*, Eds. de la Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, Talence, 1996.

⁶ BRUCAN, Silviu, *op. cit.*, p. 21.

Así, entre los años cincuenta y los setenta, las universidades de los países del Este, multiplicadas en las ciudades más pequeñas de cada país, formaron a miles de estudiantes provenientes de las clases populares. Para entender el alcance de este fenómeno debe de tenerse en cuenta que para muchos de los beneficiarios de esta formación universitaria el régimen representaba en sí mismo una vía de ascenso social. Es interesante señalarlo porque si bien desde un punto de vista cuantitativo la industrialización intensiva y la aparición de sociedades económicamente dominadas por el sector servicios (con el consiguiente incremento de licenciados universitarios) no fue privativa de los países del Este, sí que fue muy específica la ideologización del fenómeno, la identificación consciente (y exitosa) entre la transformación social y el proyecto político elaborado de principio a fin.

Eso, en los Balcanes dejó una huella muy profunda por cuanto, a diferencia de lo que ocurría en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, no existía una clase media amplia y con un significativo peso social con anterioridad a 1945. Los gérmenes de clase media existentes en Rumania, Yugoslavia (especialmente en Serbia) o Bulgaria provenían de la burocracia estatal, y no tenían ni punto de comparación con las burguesías checa o incluso húngara. Este hecho marca en sí mismo una diferencia trascendental a la hora de entender el ritmo diferente de las transiciones en Europa centro-oriental y los Balcanes⁷.

B. 1989-1991: la apuesta continuista

Durante la primera etapa de la transición, que cubre el periodo transcurrido entre el invierno de 1989 y el verano de 1991, la tendencia general en los estados balcánicos fue a reformar el sistema en un sentido político, sin que eso implicara necesariamente una ruptura abierta y rápida hacia el capitalismo. A pesar de que habían aflorado toda suerte de partidos políticos y existían expectativas desproporcionadas de ayuda occidental, sólo se trataba de conseguir paso a paso un régimen a medio camino entre el de la Unión Soviética de la *perestroika* y la experiencia yugoslava puesta en marcha por Ante Marković, asegurando a la vez unos amplios márgenes de libertad individual. Era una reacción comprensible si tenemos en cuenta que por entonces el régimen soviético no parecía ni mucho menos a punto de hundirse. Y aunque la Guerra Fría estaba a punto de concluir y Gorbachov había expresado una abierta voluntad de emancipar a los antiguos satélites de Moscú, nadie sabía muy bien las vueltas que podía dar la situación. También en el plano internacional, la reunificación de Alemania añadía una alarma adi-

⁷ En su libro: *Institutional Design in Post-communist Societies. Rebuilding the Ship at Sea*, Cambridge University Press, 1998, John Elster, Claus Offe y Ulrich K. Preuss se centran en el análisis comparativo de cuatro transiciones (Chequia, Hungría, Eslovaquia y Bulgaria) recurriendo a tres tipos de variables instrumentales para el análisis: los legados estructurales, las instituciones y las decisiones. A partir de ahí compara las economías y culturas agrarias con las industriales, la persistencia o no de concentraciones étnicas minoritarias y a la mayor o menor persistencia de la cultura religiosa y la actividad eclesiástica independiente del poder. Finalmente, establece una interesante correlación entre formas de transición y legados del pasado pre y poscomunista y llega a conclusiones muy próximas a las de la tesis descrita en estas páginas, que por otra parte no es una novedad: vid.: VEIGA, Francisco, *La trampa balcánica*, Ed. Grijalbo, Barcelona 1995, pp. 160-167.

cional: reflotaba al Estado germano como gran potencia centroeuropea, pero también parecía dar a entender que los acuerdos de Helsinki estaban obsoletos y las fronteras del Este europeo podrían salir a subasta en cualquier momento.

Sin embargo, existían también motivaciones internas poderosas para intentar «reformular lo reformable». El tránsito desde un sistema comunista era una experiencia históricamente nueva, llena de incógnitas y dificultades, y ese paso implicaba muchos riesgos. El más preocupante era la amenaza de perder los beneficios sociales derivados del sistema de *welfare state* organizado por los regímenes comunistas. Por entonces, no sólo el Estado del bienestar estaba en quiebra en todos esos países, sino la totalidad del sistema económico. De alguna forma, se creía que sin las extravagancias de los desaparecidos «líderes carismáticos» se podrían aprovechar y potenciar las vertientes constructivas del sistema, añadiéndoles las ventajas derivadas de un liberalismo muy controlado.

Desde un punto de vista occidental puede parecer exagerado que el *welfare state* existente en los países del Este justificara tales adhesiones. Sin embargo, por comparación con los exigüos niveles de vida que poseían las clases más desfavorecidas en el común de los países balcánicos durante los años de entreguerras, las conquistas sociales logradas por los regímenes comunistas eran percibidas muy positivamente; especialmente en el recuerdo que se tenía de ellas durante la era dorada de los años sesenta y parte de los setenta.

En este proceso, las nuevas clases medias surgidas durante el periodo comunista jugaron un importante papel liderador, y ello por motivos evidentes. La privatización de las empresas públicas y especialmente de los enormes combinados industriales era inconcebible. Pero además, caso de que terminara por suceder, abriría una dinámica de competitividad de resultados inciertos. Esto era contemplado en un sentido amplio, englobando a los sectores más humildes de las sociedades en transición, dado que hasta entonces existían unas expectativas de ascenso social que contrastaban con el foso campo-ciudad y clases populares-clases medias de antes de la guerra. Este fue un fenómeno estudiado y medido por algunos sociólogos occidentales y era un sentimiento que iba más allá de lo que representaban las diferencias salariales entre trabajadores cualificados y no cualificados o por sectores productivos. Tales expectativas incluían, por ejemplo, la posibilidad de que los hijos acudieran a la universidad proyectándose hacia la dorada nueva clase media técnico-profesional. En relación con ello, ya desde un principio, las nuevas clases medias se mostraron muy reticentes a la pérdida de consideración social que significaría la carrera hacia la riqueza, en la que cual sería preeminente la posesión de bienes materiales y dinero. Por supuesto, los primeros que comenzaron a montar negocios se hicieron muy visibles, pero su escaso número era la mejor prueba de que la inmensa mayoría no veía con buenos ojos a aquellos que se lanzaban a abrir empresas privadas que, por otra parte y debido a que los mayoristas y proveedores eran todavía estatales, debían acudir a menudo a prácticas poco legales para abastecerse con regularidad⁸.

⁸ En Tirana, por ejemplo, esto creó un agudo resentimiento hacia los comerciantes albaneses de Kosovo, que abrieron las primeras tiendas y bares tras la caída del comunismo en Albania y que cobraban «precios desmedidos».

Este enfoque no es rígido y no pretende ser concluyente para todo el ámbito balcánico. Se puede decir que hay cinco ejemplos característicos (Rumania, Serbia, Bulgaria, Macedonia y Moldavia) con alguna variante (Croacia), otro apenas cristalizado (Albania) y una excepción (Bosnia).

Rumania, donde la oposición no logra triunfar plenamente hasta finales de 1996 es uno de los mejores ejemplos de resistencia social a una transición rupturista. La idea de que el presidente Iliescu y el Frente de Salvación Nacional (luego denominado Frente Democrático de Salvación Nacional) ganaron los primeros comicios de la transición en base a fraudes masivos, es falsa. Se utilizó de forma muy agresiva por la oposición hasta 1996. Pero ni siquiera entonces, a pesar del detalle con que se formularon las denuncias, pudieron los observadores internacionales corroborar un recurso sistemático a tales métodos como justificación de las, hasta entonces, repetidas victorias del partido continuista.

Las razones eran más sutiles. Por un lado pesaba mucho en la transición rumana la violenta caída del régimen comunista, marcado por el magnicidio de Ceaușescu y su esposa. La sangrienta revolución de 1989 y los desórdenes que se fueron sucediendo hasta el verano de 1990 generaron gran confusión y fundadas sospechas de manipulaciones de todo tipo. Todo ello, acompañado de la negativa imagen que dieron los medios de comunicación internacionales, conjuró los deseos de aventuras radicales. Pero quizá más importante que todo ello fue la eliminación de raíz del Partido Comunista (mediante la ilegalización) y la creación de un nuevo partido político (el Frente de Salvación Nacional), más flexible y abierto a nuevos militantes. Desde luego tuvo un gran peso el hecho de que el FSN fuera un *partido escoba*, característico de los periodos transicionales en cualquier país, y no tanto un partido «neocomunista», como fue calificado de forma un tanto abusiva por los medios de comunicación occidentales. En efecto, el FSN (luego Frente Democrático de Salvación Nacional y más tarde rebautizado como Partido Demócrata-Social de Rumania o PDSR) fue siempre un partido sin coordenadas ideológicas claras, un mero tinglado de poder en funciones que permitía canibalizaciones y metamorfosis. En él militaba un importante sector de ex comunistas pero también personajes surgidos de la nada en la revolución de 1989, incluyendo figuras de relevancia que desempeñaron funciones diversas en el aparato del poder, como el *factótum* Gelu Voican-Voiculescu o el senador y «consejero» presidencial Dan Iosif). Pero también figuraban otros, pertenecientes a la clase media de empresarios y nuevos ricos, o simples personajes con influencia clientelista (a veces anterior a la caída del régimen comunista) en provincias. Por supuesto, el FSN conservó el aparato de poder preexistente y sólo muy lentamente se fue embarcando en una transición económica hacia la privatización. Por ello y hasta 1991 e incluso más allá, las nuevas clases medias y la mayor parte de los trabajadores y campesinos no mostraron gran interés por los partidos de la oposición. Allí militaban figuras llegadas del exilio, copias de modelos exteriores (como Alianza Cívica, aspirante a emular al modelo checo, pero sin un Václav Havel) o sospechosos de pertenecer a «internacionales». Tal fue el caso del Partido Nacional Campesino, que se esforzó por declararse demócrata-cristiano desde los primeros momentos, alardeando de sus vínculos con los partidos hermanos.

En **Serbia**, la dinámica de la primera transición se puede percibir con especial claridad, por cuanto Slobodan Milošević fue el pionero de la política de «cambio sin cambio» en Europa del Este. Desde abril de 1987, su utilización de la dialéctica nacionalista aprovechando la tensa situación en Kosovo se basaba en sustituir el sistema aún existente por otro sólo nuevo en apariencia. En consecuencia, funcionarios, militares, cuadros de la Liga Comunista, intelectuales o sectores técnico-profesionales ya no temerán por la continuidad de su puesto de trabajo y su posición en la sociedad. El campesinado se convertirá en esencia de la Serbia nacionalista pero podrá seguir beneficiándose de las ventajas sociales heredadas del régimen comunista. Y a partir del hundimiento de la Liga de los Comunistas Yugoslavos, en enero de 1990, Milošević podrá jugar a integrar dentro del nuevo Partido Socialista Serbio o en su órbita, a un abanico de alternativas políticas que irán desde la extrema derecha nacionalista a la extrema izquierda, pasando por sectores de la Iglesia ortodoxa.

Desde este punto de vista, el sentido último de las transformaciones socio-políticas en **Croacia**, al menos en los primeros tiempos, fue por el mismo camino. La Unión Democrática Croata (HDZ) era un partido tan *escoba* o *biombo* como el FSN o el Partido Socialista Serbio, aunque estuviera adornado por el descarado nepotismo practicado por Tudjman y se viera forzado a borrar todo signo izquierdista por el peso del *lobby* internacional croata, las expectativas de ayuda occidental, intensamente buscadas, así como la fuerte presencia de la Iglesia católica. En este sentido, el HDZ triunfante aseguró en sus puestos a las nuevas clases medias croatas (eso sí, depurando en profundidad a la minoría serbia)⁹. **Moldavia** y **Macedonia** constituyeron a su vez sendos ejemplos que corroboran el modelo de la primera transición en la misma medida que Rumania o Serbia. Tanto es así, que sus respectivas *nomenklaturas*, las mismas del régimen anterior sin apenas retoques, evitaron cuidadosamente la integración en las vecinas «madres patrias» (Rumania y Bulgaria, respectivamente) para así mejor preservar sus exclusivas parcelas de poder en las pequeñas repúblicas independientes

Bulgaria constituyó un caso especial, que se entiende por comparación con Rumania. Una clave importante la constituye el hecho de que fueron los mismos comunistas los que llevaron a cabo un golpe de estado interno —con el consentimiento tácito de Moscú— que derrocó al viejo dinosaurio Todor Živkov. Aquí no hubo revolución sangrienta ni prohibición legal del Partido Comunista, que se transformó en socialista a partir de abril de 1990. Dicho de otra manera, en Bulgaria no se reprodujeron los temores que atenazaron la primera fase de la transición rumana. Además, la oposición logró formar un frente unido en la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD), conocidos como los «azules». El resultado fue una sucesión de violentas manifestaciones y movilizaciones callejeras que enfrentaron a ambas facciones a lo largo de 1990. Las primeras convocatorias electorales siguieron siendo favorables a la opción continuista: en junio de ese mismo año, los socialistas o «rojos» obtuvieron el 47% de los votos. Pero frente a ellos, los «azules» de la UFD se alzaron con el 37%. El sector continuista o reformista seguía

⁹ GLENNY, Misha, *The Fall of Yugoslavia. The Third Balkan War*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1992; vid. p. 63.

siendo importante, pero el país estaba políticamente dividido en dos sin que por el momento existan explicaciones convincentes para este fenómeno, que cristalizó muy rápidamente tras la caída de Živkov a finales de 1989.

Una posible hipótesis es que en Bulgaria la «paradoja stalinista» habría sobredimensionado la formación del sector profesional más puramente intelectual y académico de las clases medias. Un estrato socio-profesional hiperdesarrollado, quizá por la importancia que desde siempre se le ha otorgado en ese país a la formación intelectual, herencia a su vez de la afirmación nacional a partir de la construcción de una cultura, estrategia consistentemente desarrollada en tiempos del Imperio otomano. O quizá por el hecho de que en el seno del COMECON, los búlgaros terminaron por especializarse en sectores punteros de desarrollo electrónico. En cualquier caso, ya en 1990, las proporciones del fenómeno hacían evidente que sin una economía altamente socializada, la falta de subvenciones terminaría por enviar al paro, y eso a corto plazo, a una masa importante de científicos e intelectuales. Es más, colapsados los circuitos económicos del COMECON, pocas posibilidades tenían los búlgaros de colocar sus productos en el mercado internacional.

Las perspectivas no eran tan dramáticas en Rumania debido a que ese país se había ido abriendo paso en mercados asiáticos y africanos que le aseguraban salidas comerciales, incluso tras la caída del régimen comunista. Aunque los búlgaros también habían hecho sus pinitos en este terreno, dependían más del comercio con la URSS y los países comunistas de Europa central. En consecuencia, el campo y los trabajadores industriales, más una parte importante de las nuevas clases medias búlgaras, siguieron apostando por los socialistas. Pero frente a ellos se encontraron con otra parte de la clase media que no se hacía ilusiones sobre su futuro, como no fuera en una sociedad y una economía plenamente liberalizadas.

Albania fue otro caso especial. El régimen impuesto por Hoxha había sido extremadamente rígido, concebido como «modelo resistencial» específico, siempre preparado para defenderse de cualquier ataque viniera de los capitalistas o de los «revisionistas». Da una medida de la irrealidad del régimen el hecho de que el Ejército albanés quedase técnicamente obsoleto a causa de que la mayor parte del presupuesto de Defensa se invirtió en crear descomunales redes defensivas interiores a partir de *búnkers* en miniatura, que debían ser utilizados por la defensa civil para el caso de una invasión exterior. Un régimen tan extravagante y a la vez tan férreo, con unos líderes políticos que habían perdido el contacto con la realidad exterior e incluso la de su propio país, tenía escasas posibilidades de transformarse en un sentido aperturista. De ahí que la transición albanesa comenzara sensiblemente más tarde que las demás: sólo en marzo de 1991 se convocaron elecciones, que ganó el Partido Socialista —de nuevo un Partido Comunista reconvertido— por mayoría absoluta. La victoria del Partido Socialista se debió a los votos del campo, dado que este ámbito, a pesar de todo, se había beneficiado de unas mínimas ventajas sociales por comparación al primitivismo reinante en el país durante las tres primeras décadas del siglo¹⁰. Pero también una buena parte de la clase media votó

¹⁰ Para una perspectiva histórico-antropológica de Albania sigue siendo de gran interés el art. de Ian Whitaker, «Estructura tribal y política nacional en Albania (1910-1950)», en: I. M. Lewis (de.) *Historia y antropología*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1972; pp. 370-421.

izquierdas. Puede parecer exagerado afirmar que el régimen comunista creó alguna forma de «nueva clase media» en Albania, pero debe recordarse que la primera universidad en la historia de ese país se inauguró en 1957¹¹ De todas formas esta primera fase de la transición en Albania duró unos pocos meses (medio año) hasta el verano de 1991, cuando el país experimentó un nuevo y muy brusco viraje.

Por último **Bosnia y Herzegovina** constituye la gran excepción, un caso que incluso en su momento sorprendió a los mismos observadores yugoslavos. Bosnia, considerada el «corazón de Yugoslavia» por su modélica convivencia interétnica y la alta tasa de ciudadanos que se inscribían como «yugoslavos» en los censos de población, era una república que había obtenido importantes beneficios sociales y económicos del régimen comunista. Por ello en las primeras elecciones libres de su particular transición, en noviembre de 1990, se esperaba un resonante triunfo de los partidos «ciudadanos» —por oposición a los nacionalistas— que apostaban por la continuidad de la federación y del régimen. Estos era básicamente la Liga de los Comunistas-Partido del Cambio Democrático (SK-SDP) y la Alianza de las Fuerzas Reformistas de Yugoslavia (SRJS) liderado por Ante Marković, un tecnócrata croata que desde Belgrado estaba haciendo milagros en la economía federal y parecía a punto de conseguir una exitosa transición del sistema hacia la socialdemocracia. Por lo tanto, se esperaba que en Bosnia se seguiría la línea política continuista más pura, similar a la adoptada en Serbia o Rumania.

Sin embargo, el triunfo fue para los partidos nacionalistas, todos de nuevo cuño, liderados por hombres que poco o nada habían tenido que ver con el régimen anterior: el SDA (Partido de Acción Democrática) musulmán, el SDS (Partido Demócrata) serbio y el HDZ croata. Ninguno obtuvo una victoria aplastante sobre los demás y el resultado fue un catastrófico reparto del poder republicano entre los tres vencedores. Estas elecciones han sido un tema hasta cierto punto tabú entre toda una legión de analistas de la guerra de Bosnia que situaban la ruptura de la convivencia interétnica justamente en el comienzo de la guerra, cuando resultaba evidente que los comicios de 1990 señalaban un punto de inflexión ya muy notorio en esa tendencia.

Lo curioso del caso bosnio es que si bien ha sido explicado (hasta cierto punto) por qué la población se decantó por el voto nacionalista, no resulta tan claro elucidar qué motivó el abandono de la experiencia continuista representada en Bosnia por el voto ciudadano o izquierdista. No es suficiente la consideración de que el régimen comunista fue particularmente duro en esta república y que varios de sus líderes locales terminaron por construir sus propios feudos. De hecho, tal argumento demostraría que en Bosnia existían importantes redes de poder clientelista, algo que en mayor o menor medida se dio en la mayoría de los países comunistas, al menos en sus últimos años de existencia. Pero tal fenómeno no era contemplado en sí mismo algo socialmente rechazable. En algunos casos esos lazos fueron tan robustos que dieron lugar a fidelidades dramáticas, como la

¹¹ Entre 1950 y 1959, el número de médicos en toda Albania pasó de 129 a 378. Vid: VICKERS, Miranda, *The Albanians. A Modern History*, I.B. Tauris, London & New York, 1995; vid. p. 183.

de los seguidores armados del «caudillo» musulmán Fikret Abdić en su feudo de Velika Kladuša, cerca de Bihać, durante toda la guerra de Bosnia¹².

Parece más plausible suponer que el rígido control comunista se volcó en la represión obsesiva de cualquier pequeño brote nacionalista; por ejemplo, el que sería presidente Izetbegović fue condenado en 1983 por conspiración para crear un estado musulmán. Y eso provocó una reacción anticomunista y nacionalista por parte de los bosnios en su conjunto. Pero este argumento va en contra de las estadísticas de la época, que arrojaban un saldo netamente favorable a la voluntad de supervivencia de Yugoslavia y de la pretendida y seguramente multiculturalidad de la sociedad bosnia, cuya dimensión real habrá de ser replanteada y estudiada con detenimiento cuando se entibien las pasiones generadas por la guerra¹³. De cualquier forma, es interesante considerar que ya en 1990 Izetbegović fue el primer y único presidente de una república yugoslava sin pasado comunista, y que los líderes del SDA provenían en buena medida de viejas familias musulmanas, en algunos casos retornadas del exilio¹⁴. En cuanto a los serbobosnios, debe recordarse que su partido preferido, el SDS, liderado por Radovan Karadžić, tampoco era «neocomunista»: no era el Partido Socialista Serbio de Slobodan Milošević, sino una filial del partido homónimo creado en la Krajina serbia por Jovan Rašković y apadrinado por Dobrica Ćosić, uno de los ideólogos del nuevo nacionalismo serbio. Estos hombres, con Ćosić a la cabeza, fueron instrumentalizados por Milošević durante un tiempo —ellos pensaban que era al revés—, pero ideológicamente no tenían nada de «neocomunistas continuistas»: eran nacionalistas de derechas, puros y duros. Aunque siempre hubo un morbosos juego de atracción-repulsión entre la éstos y los socialistas-nacionales, con el tiempo se perfilaron e hicieron más conflictivas esas diferencias, sobre todo durante la guerra en Bosnia. Un detalle significativo: el nacionalista musulmán Alija Izetbegović, tras constituir el SDA en mayo de 1990, fue huésped de honor en la fundación del SDS serbio, dos meses más tarde¹⁵.

Por entonces no se pensaba en la inminencia de ninguna guerra civil, y ni siquiera el desmembramiento de Yugoslavia era una certidumbre: de hecho, el 80% de los bosnios consideraban en esas mismas fechas que la existencia y progreso de Bosnia-Herzegovina estaba ligado a la de Yugoslavia en su conjunto, y un 64% se pronunciaba por el reforzamiento de las competencias republicanas¹⁶. Parece que tampoco ese sentimiento dominaba en las elecciones bosnias de 1990. De hecho, en una fecha tan tardía como junio de 1991, cuando ya la estructura federal estaba a punto de reventar, el presidente

¹² Se suele desconocer que en las presidenciales bosnias de 1990, Fikret Abdić obtuvo 1.010.618 votos e Izetbegović sólo ganó 847.386. Vid.: Laura Silber, *The Death of Yugoslavia*, Penguin, London, 1995; vid. p. 232.

¹³ Vid., por ejemplo: Snjezana Mrdjen, «La mixité en ex-Yugoslavie. Intégration ou ségrégation?», en: «Revue d'Études Est-Ouest» (CNRS), vol. 27, n° 3, Septiembre 1996, pp. 103-144.

¹⁴ Vid.: «Sacirbej, Sacirbej & Sacirberj, Ltd.», por Dražena Peranić, en: «Balkan War Report», nr. 32, March 1995, p. 12; para algunos datos sobre familias bosnio-musulmanas en el exilio, retorno a Bosnia y fundación del SDA, vid.: Milovan Djilas y Nadežda Gaće, *Bošnjak Adil Zulfikarpašić* Bošnjacki Institut, Zürich, 1994.

¹⁵ SILBER, Laura, *op. cit.*, p. 230.

¹⁶ BOUGAREL, Xavier, «Bosnie-Herzégovine: anatomie d'une poudrière», en: «Hérodote. Revue de Géographie et de Géopolitique», 4^e trimestre, 1992, pp. 84-159; vid. p. 139.

bosnio Alija Izetbegović y el macedonio Kiro Gligorov presentaron su proyecto conjunto de «federación asimétrica» para la supervivencia de Yugoslavia, algo en lo que ambos estaban de acuerdo, dada la problemática interétnica especialmente compleja de sus repúblicas.

En consecuencia, las elecciones de 1990 llevaron al poder a unos partidos nacionalistas de nuevo cuño, específicamente no-izquierdistas y potencialmente disgregadores, a los que apoyaba un electorado que, por el momento, era partidario de la preservación de Yugoslavia¹⁷ ¿Qué papel jugaron en todo esto las clases medias? Una tabla muy reveladora elaborada por el sociólogo francés Xavier Bougarel en la cual se recoge el origen socio-profesional de los concejales en toda la República Bosnia¹⁸, revela que aquellos provenientes de la intelectualidad y el personal dirigente pertenecían mayoritariamente a la Liga Comunista y al Partido Reformista. Curiosamente, los de procedencia obrera se agrupaban con preferencia en el SDA musulmán y el SDS serbio, y lo mismo pasaba con los del sector servicios. Dicho de manera más clara, en Bosnia las elites dirigentes del periodo comunista y buena parte de las nuevas clases medias perdieron el control del poder en la república a raíz de las elecciones de 1990: esa es, a mi manera de ver, la clave de la peculiar evolución política bosnia en el contexto de la primera transición en los países del Este europeo.

C. 1992-1995: La tentación radical

Los acontecimientos del verano de 1991 lo cambiaron todo bruscamente. En junio comenzó en Eslovenia la primera de las guerras de secesión yugoslava, y en agosto, mientras croatas y serbios ya habían llegado al enfrentamiento armado en toda regla, tuvo lugar el fracasado *putsch* en Moscú. Éste último suceso, aunque conjurado, abrió un proceso de desintegración del régimen soviético, que duró tres meses y se consumó finalmente durante las Navidades. De repente, los dos modelos más o menos claros para los estados ex-comunistas balcánicos en transición se hundieron estrepitosamente, y quedó patente que el sistema no era reformable. O, al menos, que no había mucho margen de tiempo para consumir el proceso transicional.

Globalmente, el resultado fue una tendencia hacia la dispersión. Por ejemplo, en la búsqueda de nuevos modelos. En Rusia, investigadores como Igor Klyamkin o Andronik Migranian venían postulando desde 1989 que en las transiciones del Este de Europa sería necesaria una fase intermedia de autoritarismo modernizador para transformar el régimen en una democracia plena¹⁹. En este sentido, a veces se pensaba en

¹⁷ La mejor obra de conjunto para el análisis de las elecciones bosnias de 1990 y los orígenes sociales de la guerra sigue siendo: VV.AA, *Bosna i Hercegovina izmedju rata i mira*, Institut društvenih nauka, Beograd, 1992.

¹⁸ *Ibid.*, p. 138, tabla XXV

¹⁹ PALACIOS, José Miguel, «Transiciones en países ex-socialistas y modelo español», En Dragomir Panti y otros (red.): *Ciljevi i putevi društava u tranziciji* (Objetivos y vías de las sociedades en transición). Belgrado. IDN. 1995. Pp. 373-376

algún ejemplo concreto como la dictadura chilena o se pronosticaban fatales modelos incompletos, como el mejicano: sectores privados y propiedad estatal en un sistema político híbrido en el cual el resultado de las elecciones aparentemente libres sería modificado por pactos entre grupos elitistas y una omnipresente corrupción²⁰ En Bulgaria se decía estar intentando reconstruir conscientemente el modelo de proceso polaco de la «mesa redonda»²¹.

Sin embargo, y paradójicamente, la situación en la ex Yugoslavia y en Rusia siguió influyendo en los procesos de transición, ahora de forma más directa si cabe. En líneas generales, la peligrosa situación vivida en Rusia entre enero de 1992 y octubre de 1993 (cuando se produjo el asalto al Parlamento) fue seguida de un segundo periodo en el que los militares obtuvieron más poder en pago por su fidelidad al ejecutivo, que culminó gradualmente según se ponía en evidencia el fracaso de la intervención en Chechenia (diciembre de 1994 a verano de 1996). Por tanto y *grosso modo*, 1992-1995 fue un periodo de temor a un posible proceso de involución en Rusia, que en varios países balcánicos y de forma muy directa y palpable, preocupaba pero también tentaba como posible modelo. Ese temor se combinaba con el desconcierto que generaba el repetido aplazamiento de alguna forma de intervención militar directa por parte de las potencias occidentales en la guerra de Bosnia.

Como consecuencia, ese fue el periodo dorado de las tendencias socialistas-nacionales radicalizadas por la alianza con grupos políticos ultra, bien abiertamente neofascistas, bien a medio camino entre éstos y los nostálgicos por el antiguo régimen comunista. El fenómeno es bien conocido en su variedad rusa (con partidos como el Nacional-Republicano, Unidad Nacional Rusa o el Liberal-Democrático) y serbia (con Milošević utilizando a los *chetniks* del Partido Radical y contrarrestándolos posteriormente con Unidad Serbia del mafioso Željko Ražnatović, *Arkan*). Pero en Rumania la denominada *Cuadrilateral roja* o pacto de gobierno entre el PDSR en el poder con formaciones ultras como el Partido de Unidad Nacional Rumana (PUNR), Partido Socialista del Trabajo (PSM) o Partido de la Gran Rumania (PRM), fue de inspiración netamente serbo-rusa: duró prácticamente desde enero de 1995 hasta la primavera de 1996, en que comenzó a cuartearse²².

Por debajo de estas manifestaciones ultras, los tiras y afloja internacionales en torno a la guerra de Bosnia generaron efectos políticos confusos en los países balcánicos no directamente implicados en la contienda. En cierta manera, desde 1993 se sabía que el gobierno serbobosnio de Pale era incapaz de imaginar e imponer una solución política ventajosa al conflicto, y desde luego era patente que tampoco alcanzaba a obtener la victoria militar. Además, los serbobosnios cada vez estaban más alejados del control

²⁰ Bogdan Denitch, *Nacionalismo y etnicidad. La trágica muerte de Yugoslavia*, Siglo XXI Eds., Madrid-México D.F., 1995; vid. p. 105.

²¹ «Back to the Basics in Bulgaria», por Ivan Krastev, en: «Transition», Vol. 3, no. 4, 7 March, 1997, pp. 12-15 y 56.

²² VEIGA, Francisco, «On the Social Origins of Ultrnationalism and Radicalism in Romania, 1989-1993», en: Lavinia Stan (ed.), *Romania in Transition*, Dartmouth, Aldershot, Hampshire (UK), 1997; vid. pp. 49-66.

político de Belgrado. Evidentemente, Moscú no iba a intervenir de forma directa en el conflicto (a pesar del protagonismo de sus *cascos azules* tras el ultimátum de la OTAN, en febrero de 1994) y su capacidad de disuasión quedaba muy en entredicho desde los primeros momentos de la fracasada intervención militar en Chechenia. Se confiaba en que los occidentales, a pesar de sí mismos y sus dudas, lograrían imponer una solución propia en la crisis bosnia. De hecho, en foros militares y de inteligencia ya se sabía, al menos desde mediados de 1993, que se preparaba activamente una operación a gran escala. Pero existían muchas dudas, la operatividad de la OTAN quedaba muy en entredicho y Rusia poseía una gran capacidad de presión económica sobre la mayoría de los países balcánicos. La indisimulada simpatía griega (miembro de la Alianza Atlántica y de la Unión Europea) por la causa serbia, y las consideraciones de sus aliados occidentales hacia su intolerancia por el problema macedonio, añadían, por ejemplo, un factor de duda y confusión. ¿Era el bando occidental la salvación para los países del Este, tal como se insistió machaconamente desde 1989?

A pesar de que en Rumania la respuesta oficial a esa pregunta era afirmativa, los escándalos políticos de 1994, entre los cuales estuvo la caída del ministro de Defensa, el proatlantista Ion Spiroiu, y que un año después desembocarían en la *Cuadrilateral roja*, daban la sensación de que el régimen se proponía mantener a toda costa la línea continuista de 1990-91, apoyado por una parte de la población. En Bulgaria, las parlamentarias de 1994 llevaron al poder a un gobierno socialista liderado por el joven y ambicioso Žan Videnov, lo que marcó el regreso al poder de la mitad «roja» del país, y pronto se activaron intensas negociaciones con la compañía rusa Gazprom a fin de lograr que el nuevo gran gasoducto proveniente de Asia Central y el Mar Negro pasara por Bulgaria y no por Grecia, de camino hacia Europa central. Ciertamente, la incapacidad del gobierno de expertos capitaneado desde 1992 por Ljuben Berov tuvo una gran importancia para entender la llegada de los socialistas al poder dos años más tarde. La nueva imagen del PSB, que se apoyaba en las transformaciones sociales de esos años, jugó también su papel. Pero la situación en Bosnia, con los costes políticos y económicos que supuso para Bulgaria, y el sordo pulso ruso-occidental, parecen haber tenido también cierta influencia.

Las sanciones impuestas contra Serbia y Montenegro cortocircuitaron las economías de los países periféricos, especialmente las de Rumania y Bulgaria, ya muy afectadas por el bloqueo que previamente habían decretado también las Naciones Unidas contra Irak, durante y después de la Guerra del Golfo. En el caso concreto de Bulgaria, las importantes cantidades perdidas o adeudadas constituyeron una de las causas que llevó al país a la bancarrota a comienzos de 1997²³. Si las sanciones originadas en la guerra de Bosnia restringieron las relaciones comerciales legales, a cambio floreció un enorme mercado clandestino con los productos que se contrabandaban hacia Serbia y Monte-

²³ Se calcula que la participación búlgara en el bloqueo a Serbia y Montenegro le supuso unas pérdidas de entre 6 y 10.300 millones de dólares. Bulgarian Telegraph Agency (BTA), Sofia, February 13, 1997- (E.Kazanova of BTA/Emb.): «UN May Help Bulgaria Collect Debts». Servicio de noticias de la Embajada de Bulgaria en Washington D.C. vía Internet, 14.02.1997.

negro. La gasolina llegaba en cantidades apreciables a esas repúblicas ex yugoslavas, pero también las medicinas, las armas, las piezas de recambio y hasta la tecnología electrónica avanzada. Ese importante mercado negro favoreció la aparición y crecimiento de redes mafiosas y corrupción de alto nivel que alcanzó a las más altas esferas del poder en algunos de los países limítrofes.

El caso más claro es el de **Albania**, donde el intento de mantener la experiencia continuista capotó definitivamente en la primavera de 1992, con la victoria del Partido Demócrata (PD) en las elecciones y el relevo del presidente continuista Ramiz Alia²⁴ por Sali Berisha, todo ello después de un invierno de huelgas, manifestaciones y desórdenes de todo tipo. De todas formas, en el relevo del poder había tenido destacada importancia la influencia exterior. El intento de emigración masiva hacia Italia protagonizado por miles de albaneses en el verano de 1991 concluyó con aparatosos disturbios en el puerto de Brindisi y con la resolución italiana de anticiparse a nuevas «invasiones». La *Operación Pelicano* de ayuda masiva dio a entender a los albaneses lo que podían obtener de Occidente si se atenían a la actitud adecuada. Muy poco tiempo después, las guerras de secesión yugoslavas hacían temer por un nuevo frente en Kosovo, que a buen seguro podría extenderse a Macedonia a través de la minoría albanesa en ese país y de allí a todo el sur de los Balcanes. El siempre temido «efecto dominó» a partir de Kosovo ayudó mucho a que Sali Berisha obtuviera el plácet occidental y con ello promesas cada vez más claras de ayuda exterior²⁵. Finalmente, y a partir de la llegada del presidente Clinton a la Casa Blanca con su opción intervencionista *lift and strike* para la guerra de Bosnia, Albania se situó en el primer puesto de la fila de ayuda norteamericana destinada a los Balcanes. Es más, Washington acariciaba la idea de levantar un nuevo Estado albanés desde la nada —tras el colapso total del régimen comunista y del intento continuista— y utilizar al país como base avanzada y estratégicamente ventajosa en la región.

En años sucesivos, publicaciones occidentales especializadas en el análisis de la situación en el Este, como «*Transition*», se llenaron de artículos sobre las excelentes expectativas de Albania, un país que estaba desarrollando índices de crecimiento espectaculares gracias, aparentemente, a la supervisión de expertos occidentales y del FMI. Sin embargo, bajo esa superficie prosperaron los negocios mafiosos de todo tipo relacionados con el contrabando hacia Serbia, Montenegro y la República Srpska, en conexión, como mínimo, con la Mafia italiana. Cuando la guerra de Bosnia terminó, sectores enteros de la población albanesa vivían de este tipo de negocios, directa o indirectamente, y también se habían implicado personajes destacados del gobierno y el PD. El deseo de exprimir a fondo los mecanismos del dinero fácil impulsó la aparición y desarrollo de las denominadas «pirámides de inversión», que anteriormente ya habían aparecido y reventado en Rumania, Bulgaria y Rusia. Su quiebra, a comienzos de 1997, desplomó al Estado albanés a niveles desconocidos en la Europa moderna y constituyó el

²⁴ Había sido designado como sucesor por el mismo Ever Hoxha, que tomó esa decisión ya en 1980

²⁵ Berisha se convirtió en un activo aliado de las potencias occidentales durante la guerra de Bosnia. Permitió la instalación de una base de aviones espía norteamericanos en el norte del país y se comprometió a no agitar el problema de Kosovo.

primer gran fracaso de un país balcánico formalmente satelizado por las potencias occidentales.

En **Bulgaria**, la guerra de Bosnia generó una cosecha similar. Ya en octubre de 1991 la UFD ganó las parlamentarias, pero obteniendo sólo 110 escaños frente a los 106 de los socialistas. Cuando en enero de 1992 Zhelyu Zhelev se hizo con la presidencia lo hizo con el 52% de los votos; su adversario, Velko Valkanov, obtuvo el 47%. Bulgaria seguía siendo un país políticamente dividido en dos mitades, enfrentado a una lucha por el poder entre «rojos» y «azules», sin solución de continuidad.

Pero por debajo de lo político, apareció y creció a gran velocidad el fenómeno de los *grupirovki* (группировки) o corporaciones empresariales, normalmente basadas fuera de Bulgaria, y capaces de recurrir a métodos mafiosos en sus luchas por el poder económico. Inicialmente, el grupo Tron se erigió con fondos de la *nomenklatura*, pero terminó convirtiéndose en adversario de Multigrup, que se apoyaba en empresas rusas con intereses en Bulgaria. Por su estilo y magnitud (en 1996 Multigrup agrupaba entre 80 y 100 empresas y empleaba a 11.000 personas en once países) los *grupirovki* búlgaros recordaban las nuevas grandes empresas rusas de «capitalismo estatal», incluyendo las poco ortodoxas organizaciones estructurales y formas de actuación, así como sus estrechas relaciones con los gobiernos y, de hecho, con sus modelos rusos²⁶. Su poder y peso en las decisiones políticas del gobierno no siempre estuvieron claros, pero constituyeron una realidad importante en algunas transiciones del Este a partir del momento en que se derrumbó la Unión Soviética y las mafias rusas comenzaron a servir de articulación entre las corporaciones mafiosas occidentales y las orientales, cobrando un enorme auge.

Las redes de tráfico diversos, las grandes operaciones de blanqueo de divisas y las conexiones con mafias y empresas occidentales han ido de la mano con la actuación de las milicias en las guerras de secesión yugoslavas, los atentados políticos en Bulgaria o la quiebra del Estado albanés, y por ello son un factor metapolítico de primer orden. Pero también tienen un papel muy importante en las acumulaciones de capital, y en el progresivo cambio de actitud de las nuevas clases medias en varios países del Este. De la misma forma, en algunas zonas estaban y continúan estando relacionadas con estructuras sociales poco conocidas o escasamente estudiadas desde Occidente. En líneas generales, es casi inexistente el conocimiento de la peculiar dinámica producida por la incidencia del fenómeno mafioso a gran escala en la original evolución socioeconómica y política de determinados países (Colombia, Italia, Rusia, incluso Japón, Turquía y pronto China)²⁷.

²⁶ ENGELBREKT, Kjell, «Bulgarian Power Games Give Way to Growing Competition», en: «*Transition*», vol. Nº 2, 26 January, 1996, pp. 30-33.

²⁷ Empresas tan poderosas como la rusa Gazprom, el mayor productor mundial de gas, verdadero «estado dentro del estado», eran capaces por entonces de presionar con gran fuerza a países independientes (por ejemplo Hungría o Bulgaria). Es tiempo ya de que los nuevos investigadores y analistas expertos en el ámbito de la Europa oriental establezcan marcos conceptuales sobre los límites entre las mafias, las nuevas empresas de «capitalismo estatal» y los centros de poder político en algunos países del Este. Vid., para una aproximación al tema: David Hoffman, «Gazprom: Russia's State Within a State», en: «*International Herald Tribune*», 4.12.1995; de todas formas, la revista «*Transition*» se erigió de nuevo en pionera dedicando un número mono-

Por tanto, el colapso de la URSS y las guerras de secesión yugoslavas, con una segunda fase en Bosnia, actuaron como disparadores de la segunda fase de transición en los Balcanes. Ahora bien: ¿Era básicamente una evolución política sin un trasfondo de evolución social? La respuesta no es fácil. Es evidente que los factores puramente políticos actúan como locomotoras en la mayor parte de los casos, pero desde luego se produce también una transformación social paralela. Ésta afecta a una porción cada vez mayor de las nuevas clases medias. Así, la «percepción búlgara» —aquella premonición que parecen haber tenido muchos académicos y profesionales de ese país ya en 1990— terminó por reproducirse en varios países de la zona balcánica: la transformación en un sentido neoliberal pareció inevitable, porque el estado parecía haber agotado la capacidad de mantener a las clases medias en su conjunto, como ocurría durante el anterior régimen. Con los modelos soviéticos y hundidos, y la guerra de Bosnia afectando muy negativamente las economías rumana y búlgara, parecía imposible sostener los viejos modelos renovando sólo lo indispensable.

Así, y aunque se produjeron victorias parciales de los sectores continuistas, como ocurrió en Bulgaria durante las elecciones de 1994, se trataba de fenómenos un tanto engañosos, al menos desde un punto de vista social. Mientras tanto, las nuevas clases medias, especialmente los sectores técnico-profesionales irán asumiendo la necesidad de una transformación radical, ya desde 1992. En ese año, por ejemplo, Convención Democrática de Rumania arrebató las alcaldías de las principales ciudades al partido del gobierno. Ese es también el año en que Zhelyu Zhelev ganó las presidenciales búlgaras y Sali Berisha las albanesas, mientras su partido, el PD, formaba gobierno. Los capítulos finales de ese viraje siguieron a la intervención militar occidental: la instrumentalización de Croacia en la operación y la carta blanca que se les concedió a sus tropas impactó tanto como el despliegue tecnológico militar occidental. Pero en cualquier caso se asumió que ello había sido una victoria de la OTAN, la cual, a punto de sucumbir por su inoperancia, ganó una súbita y desproporcionada credibilidad. Aunque el argumento no era nuevo, se impuso definitivamente entre los gobiernos (y la opinión pública) de los países del Este la idea de que acceder a la Alianza Atlántica era el primer paso hacia una integración total, a medio plazo, en la Unión Europea. Por otro lado, Rusia parecía definitivamente vencida (percepción plásticamente confirmada por el deterioro físico del presidente Yeltsin y la derrota militar rusa en Chechenia), y remachado el proceso de decadencia irreversible iniciado en 1991. Todo eso decidió a un porcentaje cada vez mayor de las clases medias a votar por los partidos de oposición a la línea continuista. Por otra parte, los negocios más o menos legales, impulsados decisivamente por la guerra de Bosnia, generaron un proceso de acumulación de capital que también tuvo su importancia en esa decisión. En consecuencia, hacia finales de 1996 comenzaron a cerrarse los últimos capítulos de la segunda transición: en Rumania se consumaron con la victoria de la CDR en las parlamentarias de noviembre, y de Emil Constantinescu en las presidenciales²⁸. En Bulgaria el vuelco tuvo lugar durante la crisis de enero de 1997,

gráfico a la importancia del control energético en las transiciones del Este. Vid.: el vol. 2 no. 9, del 3.05.1996: «Power Politics. Who Has Energy, Who Does Not».

²⁸ Por extracción profesional, los componentes del gobierno Ciorbea, surgido de las elecciones que llevaron al poder a la CDR con la colaboración del Partido Demócrata, se distribuyen de la siguiente manera: 9 juris-

que llevó a la presidencia a Petar Stojanov y provocó el colapso del gobierno socialista. En Bosnia, con el final de la guerra, cada una de las tres zonas completó las correspondientes purgas dirigidas contra las clases medias de etnias rivales, pero también contra los partidarios de las opciones políticas «civiles» o izquierdistas²⁹. E incluso en Serbia, durante el invierno de 1996 a 1997 la oposición se rebeló resueltamente contra la línea continuista de Milošević, haciéndose con las alcaldías de las principales ciudades después de tres meses de protestas callejeras.

Serbia constituyó un caso especialmente interesante porque existe constancia porcentual del argumento defendido en estas líneas: así, la mayoría de los participantes en las protestas eran personas entre veinte y cuarenta años, de extracción urbana casi en su totalidad, con educación secundaria (48%) o de grado superior y universitario (45%). Por supuesto, eran muy visibles los estudiantes, pero la mayoría de los contestatarios eran empleados del sector público (70%) y en ocupaciones relacionadas con educación, cultura y arte, lo cual de nuevo recuerda al precedente búlgaro. Las expectativas que se esperaban de un nuevo régimen eran variadas, pero si en algo estaban de acuerdo la mayoría de los manifestantes era en que «la propiedad privada es una condición indispensable para el progreso social» (80%)³⁰. Sin embargo, el régimen de Milošević no cayó, fenómeno que asombró a los observadores que no tuvieron en cuenta los apoyos sociales de éste en el campo, los sectores obreros y una parte importante de las nuevas clases medias que si bien sufrieron las consecuencias de la guerra y las estrategias financieras puestas en marcha para sobrevivir al bloqueo, por otro se beneficiaron ampliamente de la reprivatización de tierras y viviendas³¹. La protesta callejera, que sólo agrupaba a un 51% de militantes (13%) y simpatizantes de la coalición política *Zajedno* tuvo una motivación interna no explicitada en la incapacidad de Milošević por abrir Serbia hacia Occidente y atraer las esperadas y masivas inversiones que en el otoño de 1996 parecían muy lejos de materializarse.

Resulta significativo que la protesta serbia fuera un fenómeno abrumadoramente urbano —a los campesinos no los movió ni el apoyo de la Iglesia autocéfala a los manifestantes— y en la que sólo participaron un 8% de trabajadores. Pero no es sino un ejem-

tas, 8 ingenieros, 5 economistas, 2 médicos y un sólo representante de las siguientes: regista, actor, arquitecto y oficial de marina. Vid.: «Evenimentul Zilei», nr. 1360, 11.12.1996, p. 4: «Să ne cunoaștem guvernanti».

²⁹ En medios de comunicación independientes y especializados como la «*AIM Review*» son bastante abundantes las crónicas sobre purgas y limpiezas étnicas encubiertas en las tres zonas de Bosnia. vid., a título de ejemplo una muy bien construida: «Who Will Profit from Privatisation?» por Dražen Simić, corresponsal en Sarajevo; de Dražena Peranić, vid.: «Anti-Serb Violence in Ilidza»; ambos en: «*AIM Review*», n° 42, November 1996, p. 1-2.

³⁰ «Who are the demonstrators?», por Vesna Bjekić, en: «*AIM Review*», N° 44, January 1997, p. 7.

³¹ Una interesante radiografía de las élites serbias y sus transformaciones en «Moćni i nečasni (Srpska elita)» por Milan Milošević, en: «*Vreme*», broj 301, 27.07.96, pp. 14-17; Mladjan Dinkić hizo en su obra: *Ekonomija destrukcije - Velika pljačka naroda* (VIN, Beograd, 1995) un detallado estudio de la hiperinflación serbia de 1993, sus objetivos económicos y políticos, los bancos y «dileri» o cambistas implicados así como las mafias y empresas que se aprovecharon del fenómeno, pero no entra a considerar en qué medida arruinó a la clase media serbia o contribuyó a dotarla de bienes inmuebles y medios de producción.

plo más de lo que aconteció en Rumania y Bulgaria: a fines de la segunda etapa de transición, campesinado y clases trabajadoras seguían apostando por el continuismo, hecho que queda bien patente en los sucesivos análisis de los resultados electorales. Los campesinos, que comenzaron a recibir tierras en propiedad de los regímenes continuistas pero a la vez siguieron beneficiándose del *welfare state* (o sus restos) heredado del anterior régimen, se convirtieron rápidamente en pequeños propietarios temerosos de los cambios políticos. Los obreros de los grandes combinados industriales sabían que el paro podría ser la primera consecuencia de la apertura acelerada al liberalismo.

A modo de rápido colofón

Los argumentos esgrimidos en este trabajo pretenden enfatizar la importancia de los cambios sociales en las transiciones que aún tienen lugar en el ámbito balcánico ex comunista. Se ha producido una cierta inflación de análisis basados en la primacía de lo político, buscando comparaciones mecánicas con modelos occidentales, práctica felizmente ya obsoleta tras siete años de transiciones plagadas de continuas y desconcertantes sorpresas. Pero en el Este se intenta pasar de un sistema socioeconómico colectivista a otro de tipo liberal, lo que está produciendo transformaciones estructurales muy profundas que afectan a la fisonomía social de toda la zona, algo que no sucedió en el tan manido modelo español de transición ni en los latinoamericanos.

Además, el periodo que aquí se denomina «segunda fase» (1992-95) hizo florecer factores metapolíticos de toda índole, muy específicos de los Balcanes o del Este de Europa en general. De hecho, ni siquiera los elementos esenciales del juego político suelen tener equivalentes fáciles con los habituales en Occidente. Los «partidos» son muchas veces meros «clubes de fans» al servicio de un líder carismático; los programas tienen una importancia más que relativa; y conceptos como democracia, sociedad civil y economía de mercado cobran significados también diversos en función de las influencias recibidas por parte de la cultura y la mentalidad locales³².

De hecho, el fracaso de la primera transición abrió la puerta a múltiples, originales y turbadores factores metapolíticos: mafias, «capitalismo de estado», conflictos étnicos falsos y reales. Todos ellos no han parado de crecer en importancia desde 1992, pero hasta el momento desde Occidente se les consideraba una especie de rémoras, de «rebas» propias de los regímenes comunistas recién extinguidos. Y en consecuencia tendía a interpretarse la dinámica transicional en términos de «comunismo-anticomunismo», un enfoque artificioso que era una mera prolongación del fácil discurso analítico de la Guerra Fría. Así, el tono de los medios de comunicación occidentales venía a argumentar que la fatal desaparición de los regímenes continuistas y sus «nefastos líderes» darían paso

³² Vid. un inteligente artículo del politólogo rumano Paul Aligica: «The Institutionalists' Take on Transition», en: «*Transition*», vol. 3, no. 4, 7 March 1997, pp. 46-49.

a nuevas democracias liberales en el más puro estilo occidental. En cierta forma, esa manera de ver las cosas fue una prolongación de las ingenuas esperanzas de 1989, puesto que en las «nuevas democracias» satelizadas por las potencias occidentales seguían perviviendo claros síntomas de que las diferencias entre unos y otros eran menos profundas de lo que parecía. Tudjman, Izetbegović o Berisha no eran mucho mejores que Iliescu, Milošević o Gligorov, pero hizo falta que el Estado albanés reventara por los cuatro costados para que ello quedara plenamente en evidencia. En tal sentido, la esperpéntica crisis albanesa, primer gran fiasco de la política del FMI, la OTAN y la OSCE (y de los Estados Unidos, muy en particular) en los Balcanes³³, puede ser contemplada como la bisagra de un nuevo periodo de transiciones en esa zona.

Avanzando hacia el año 2000, la tercera fase de la transición en los regímenes balcánicos de la nueva derecha parece bastante incierta. En Rumania, y a pesar de sus alentadores comienzos, resulta cada vez más difícil disimular la lamentable gestión del gabinete de coalición, presidido primero por Víctor Ciorbea, y más tarde por Radu Vasile³⁴. En Bulgaria, a lo largo de 1998 el gobierno Kostov se aplicó con energía a estabilizar la economía y privatizar aceleradamente los medios de producción, pero a la vez toleraba la reconstrucción de fortunas y grupos económicos semimafiosos como los que habían surgido en tiempos de los gobiernos socialistas³⁵.

Pero en realidad, a finales de 1998 toda la estrategia occidental en Rusia y los Balcanes, basada en las recetas neoliberales del G-7 y el FMI así como en las prácticas de «ingeniería política» ensayadas en Bosnia, parecía estar deslizándose hacia el desbarajuste en un amplio espacio que iba desde Rusia a Macedonia, pasando por Bosnia, Kosovo o Albania. El marcado viraje que en Occidente se estaba produciendo hacia la socialdemocracia, y que en un breve periodo de tiempo había llevado al poder a Jospin,

³³ Por algunos foros especializados de Internet circularon en la primavera de 1997 artículos y ensayos que ponían de relieve las graves negligencias del FMI, el cual incluso recomendó al gobierno albanés que no legislara disposiciones para regular los fondos depositados en los bancos —incluyendo los dedicados a especular con las «pirámides»— bajo la supervisión del Banco de Albania. Esto ocurría ya en junio de 1995. Vid.: Albanian Discussion List, Buffalo, Colorado, 16.03.97, 10:39 h.; carta remitida por Mithat Gashi; Subject: «Pyramids Schemes: An Independent View», por F. Münzel. También parece increíble el colapso del Ejército y las fuerzas de seguridad albanesas, que estaban siendo asesoradas y reorganizadas por expertos americanos, alemanes, italianos y turcos. Eso ocurría, como mínimo, desde 1994 y, desde luego, despertaba los recelos serbios, que le dedicaron cierta atención en medios especializados. Vid., sobre ese tema: «Kuda ide Albanija», por Dragan Krajsić, en: «Combat Magazin», broj 1, Jun/Jul 1996, pp. 36-37. Las FF.AA albanesas aspiraban a entrar en la OTAN.

³⁴ El análisis entusiasta que un experto analista de la política rumana como Tom Gallagher (University of Bradford) hacía del nuevo gobierno rumano en su artículo: «Romania's desire to be normal!» («Contemporary Politics» Vol. 5, nr. 2, 1998) apenas podía ocultar señales de alarma preocupantes a mediados de 1997. Un año más tarde, los expertos de «Radio Free Europe» publicaron en uno de sus boletines electrónicos un breve pero denso análisis sobre la magnitud de los fracasos del gobierno Ciorbea en sus 18 meses de duración: «Romania's Ciorbea Steps Down», por Breffini O'Rourke y Michael Shafir, boletín del 2.04.1998.

³⁵ «Nouveaux Riches in Bulgaria. Is a new G-13 possible?» por Georgi Filipov. AIM Sofia, September 7, 1998.

Blair y Schröder, reforzaba en los Balcanes las nuevas tendencias a la resistencia o al escepticismo hacia las duras e inciertas políticas de reajuste diseñadas desde Occidente poco tiempo antes. Pero sobre todo y en último término, resultaba evidente que el análisis de las diversas dinámicas sociales en esas conflictivas transiciones se habría revelado de especial utilidad para entender el alcance de la «revolución amarilla» en Serbia, el fracaso de la presidenta Plavsić en la Republika Srpska, las claves de la estabilidad macedonia o la evolución de las crisis en el ámbito albanés. Como mínimo, hubiera sido de mayor provecho que el recurso sistemático a la simple especulación de tono personalista sobre el carácter y el papel de los diversos líderes políticos.